

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

IX

LA CIENCIA

Aquel día llegamos mi buen maestro y yo hasta el puente Nuevo, cuyas medias lunas hallábanse cubiertas con las tablass sobre las cuales los libreros exponen sus novelas mezcladas con devocionarios. Allí se compra por dos sueldos la *Astrea* completa y el *Grand-Cyrus*, usados y gra-sientos por lectores provincianos, el *Ungüento para la quemadura* y varias obras de jesuítas.

Mi buen maestro acostumbraba á leer al pasar algunas páginas de esos escritos, que no compra-ba nunca, hallándose desprovisto de dinero y com-servando prudentemente para gastarlas en la taberna del *Joven Baco*, las seis blancas que rara vez llevaba en el bolsillo del pantalón. Además, no sentía deseos de acaparar los bienes de este mundo y no ansiaba poseer las mejores obras, siempre que pudiera leer los pasajes más impor-tantes, acerca de los cuales disertaba en seguida con una sabiduría admirable. Los tableros del

puente Nuevo le agradaban porque la proximidad de los puestos de buñuelos impregnaba los libros con un perfume de fritura; y aquel grande hombre aspiraba á un mismo tiempo los agradables olores de la cocina y de la ciencia.

Poniéndose las gafas examinó atentamente el escaparate de un cambalachero con la satisfacción de un alma dichosa á quien todo agrada porque todo se refleja en ella con agrado.

—Dalevuelta, hijo mío—me dijo—, hay en la tienda de este hombre libros fabricados cuando las imprentas estaban aún en mantillas, por decirlo así; en esos libros hay algo de la rudeza de nuestros antepasados. Aquí veo una crónica bárbara de Monstrelet, autor al cual se le supone más picante que un tarro de mostaza, y dos ó tres vidas de Santa Margarita, que las comadres se aplicaban en otros tiempos sobre el vientre á manera de compresas cuando sentían los dolores de parto. Sería inconcebible que los hombres hubieran sido bastante necios para escribir y leer semejantes vaciedades, si nuestra santa religión no nos enseñara que nacen con un germen de imbecilidad. Y como nunca me han faltado las luces de la fe, ni siquiera en los excesos de la cama y de la mesa, concibo mejor su estupidez pasada que su inteli-

gencia presente, la cual, á decir verdad, me resulta ilusoria y engañosa como lo juzgarán las generaciones futuras, pues el hombre es, por esencia, un animal estúpido, y los progresos de su espíritu sólo son los vanos efectos de su inquietud. Por esta razón, hijo mío, desconfío de lo que llaman ciencia y filosofía, y que sólo es, á mi juicio, un abuso de representaciones y de imágenes falaces y en cierto modo la supremacía del espíritu maligno sobre las almas. Comprenderéis muy bien que me hallo muy lejos de creer todas las brujerías con que se espanta la creencia popular. Juzgo como los Padres, que la tentación está en nosotros y que somos para nosotros mismos nuestros demonios y nuestros maleficios. Pero aborrezco á Descartes y á todos los filósofos que á ejemplo suyo han buscado en el conocimiento de la Naturaleza una regla de vida y un principio de conducta. Pues, al fin, Dalevuelta, hijo mío, ¿qué es el conocimiento de la Naturaleza más que una fantasía de nuestros sentidos? Y ¿qué añaden, os ruego que me lo digáis, la ciencia y los sabios desde Gassendi, que no era un burro, Descartes y sus discípulos, hasta el encantador majadero llamado Fontenelle? Antiparras, hijo mío, antiparras como las que yo llevo sobre las narices. Todos

los microscopios y anteojos de larga vista que sirven de vanagloria, ¿qué son, en realidad, más que antiparras más claras que las mías compradas el año pasado á un óptico de la feria de San Lorenzo, y cuyo cristal del ojo izquierdo, que es con el que veo algo mejor, se ha roto desdichadamente al tropezar con un taburete que me tiró á la cabeza el cuchillero cojo creyendo que yo abrazaba á Catalina la encajera, porque el cuchillero es un hombre grosero y por completo ofuscado en las impresiones del deseo carnal? Sí, Dalevuelta, hijo mío, ¿qué son esos instrumentos con que los sabios y curiosos llenan sus galerías y sus gabinetes? ¿Qué son los lentes, los astrolabios, las brújulas, más que recursos para aumentar las ilusiones de los sentidos y para multiplicar nuestra ignorancia fatal de la Naturaleza, multiplicando nuestras relaciones con ella? Los más doctos de entre nosotros se diferencian únicamente de los ignorantes por la facultad que adquieren de entretenerse con errores múltiples y complicados. Ven el Universo á través de un topacio tallado en vez de verle como vuestra señora madre, por ejemplo, con los ojos que Dios la dió. Pero no cambian de ojos aunque se provean de lentes; no cambian de dimensiones usando aparatos á pro-

pósito para medir el espacio; no cambian de peso empleando balanzas muy sensibles; descubriendo nuevas apariencias, son el juguete de nuevas ilusiones. ¡Eso es todo! Si yo no estuviera persuadido de las santas verdades de nuestra religión, sólo me quedaría el recurso, por el conocimiento que tengo de que todo saber humano sólo es un progreso de la fantasmagoría, de arrojarme al Sena, donde tantos otros se ahogaron, ó ir á pedirle á Catalina esa especie de olvido de los males de este mundo que se encuentra en sus brazos y que sería indigno buscar en mi condición, sobre todo á mis años. No sabría qué creer rodeado de aparatos cuyos engaños poderosos aumentarían desmesuradamente los engaños de mi vista y sería un académico miserable.

Mi buen maestro hablaba de este modo ante el primer puesto de la izquierda entrando por la calle del Dauphiné, comenzando á asustar al vendedor, que le creía exorcista. De pronto, cogiendo una vieja geometría adornada con figuras deplorables de Sebastián Leclerc:

—Quizás—repuso—en vez de ahogarme en el amor ó en agua si no fuera cristiano y católico, tomaría el partido de dedicarme á las matemáticas, donde el espíritu encuentra los alimentos que

más ansía: la continuidad y la perseverancia. Confieso que ese librito, aunque muy vulgar, me hace sentir cierta estimación por el genio del hombre.

Al decir estas palabras abrió tan enérgicamente el tratado de Sebastián Leclerc, donde trata de los triángulos, que poco faltó para que lo rompiera. Pero luego, arrojándolo con desprecio,

—¡Ay!—murmuró—los números dependen del tiempo, las líneas del espacio, y esas son también ilusiones humanas. Aparte del hombre, no hay ni matemáticas ni geometría. Y es, en definitiva, un conocimiento que no nos hace salir de nosotros mismos aunque afecta una actitud de independencia de sobra magnífica.

Y habiendo hablado así, volvió la espalda al vendedor, tranquilizado, y respiró fuertemente. —¡Ah! Dalevuelta, hijo mío—repuso—. Me veis sufrir por culpa mía y abrasarme en la túnica ardiente con que yo mismo quise revestirme y adornarme.

Hablaba de aquel modo en sentido figurado, pues en realidad, iba vestido con una sotana vieja que sólo tenía dos ó tres botones que no estaban abrochados en sus correspondientes ojales;

aquello era, según él acostumbraba á decir en broma cuando se lo advertían, un acoplamiento adúltero, imagen de las costumbres de las ciudades.

Habló con entusiasmo.

—Aborrezco la ciencia—decía—por haberla admirado con exceso, como los voluptuosos reprochan á las mujeres porque no realizan el ideal que de ellas se formaron. He querido saberlo todo y ahora sufro por mi culpable locura. ¡Dichosas—añadió—, dichosas las gentes reunidas en torno de ese charlatán!

Y señaló con la mano á los lacayos, las criadas y los mozos del puerto de San Nicolás que formaban círculo en torno de un sacamuelas callejero, el cual representaba una pantomima con su criado.

—Veis, Dalevuelta—me dijo—, se rien de buena gana cuando uno le da una patada al otro; y es, en efecto, un espectáculo agradable que la reflexión me aminora, porque buscando la filosofía del pie y de lo demás, ya no puedo reirme. Debí, siendo cristiano, comprender antes toda la malignidad que encierra esta máxima pagana: «Feliz quien puede conocer las causas». Hubiera debido encerrarme en la santa ignorancia como

en un huerto cerrado, y vivir como los niños. No me hubiera entretenido, con los juegos vulgares de ese Mondor (el Molière del puente Nuevo tendría pocos atractivos para mí cuando el otro me parece ya demasiado chabacano), pero me hubiera entretenido con las hierbas de mi jardín y hubiera alabado á Dios en las flores y los frutos de mis manzanos. Una curiosidad inmoderada me arrastró, hijo mío; perdí en el trato de los libros y de los sabios la paz del corazón, la santa sencillez y esa pureza de los humildes, tanto más admirable cuando no se altera ni en la taberna ni en los chiribitiles, como nos ofrece un ejemplo el cuchillero cojo, y si me atrevo á decirlo, vuestro padre, que es muy inocente, aunque borracho y libertino. Pero no sucede lo mismo con los que han estudiado en los libros. Nos queda para siempre una fiera amargura y una tristeza soberbia.

Cuando así hablaba le interrumpió el redoble de los tambores...

## X

## EL EJÉRCITO

Hallándonos en el puente Nuevo oímos un redoble de tambores. Era el pregón de un sargento reclutador, que con la mano izquierda apoyada en la cadera, erguíase sobre el terraplén frente á una docena de soldados que llevaban panes y salchichones ensartados en la bayoneta de su fusil. Un grupo de mozuelos y de chiquillos le contemplaba con la boca abierta.

Atusándose el bigote hizo su arenga:

—No le prestemos atención—dijo mi buen maestro—. Sería tiempo perdido el que empleáramos escuchándole. Ese sargento habla en nombre del rey, y no es posible que hable con brillantez. Si os place oír un discurso ingenioso respecto al mismo asunto, entrad en alguno de esos garitos del malecón de la Ferraille, donde los enganchadores alistán á los lacayos y á los palurdos. Esos enganchadores, siendo unos bribones, tienen fama de elocuentes. Recuerdo haber oído en mi